

La educación universitaria: Una mirada desde la complejidad

José Ignacio Gómez Antoniène¹, Gina Isabel Negrin Durán² y
Melanis Auristela Pinto³

¹Licenciado en Educación en Lengua Extranjera mención Inglés. Magister en Orientación Educativa y Doctorante en Ciencias de la Educación. Profesor tiempo completo en la Universidad del Zulia Núcleo Punto fijo-Venezuela. Correo electrónico: gomez.a.jose.i@gmail.com

²Ingeniero Industrial. Magister en gerencia de Recursos Humanos y Doctorante en Ciencias de la Educación. Profesora a dedicación exclusiva de la Universidad Nacional Experimental de la Fuerza Armada Nacional Núcleo Falcón-Venezuela. Correo electrónico: ginaisabel32@gmail.com

³Licenciada en Educación. Magister en Docencia Superior y Doctorante en Ciencias de la Educación. Profesora a dedicación exclusiva de la Universidad Nacional Experimental de las Fuerza Armada Nacional Núcleo Falcón-Venezuela. Correo electrónico: pintomelanis@gmail.com

Resumen

Este artículo da cuenta de una investigación de naturaleza documental bibliográfica cuyo propósito fundamental fue realizar una evaluación de la educación en la universidad, centrándose en la teoría de la complejidad. La teoría base que sustenta la investigación es el Pensamiento Complejo de Edgar Morín, específicamente lo relacionado a la educación. Se tomaron en cuenta tres principios del pensamiento complejo (Dialogico, lo Hologramático y recursivo) y tres pilares base contenidos en los siete saberes necesarios en la educación del futuro (La condición humana, el conocimiento y la ética) para realizar dicha evaluación. Se llegó a la conclusión que desarrollar esos principios complejos en la educación es la tarea pendiente de todo docente universitario del siglo XXI.

Palabras clave: Pensamiento complejo; Formación universitaria; Dimensiones.

HIGHER EDUCATION: A VIEW FROM THE COMPLEXITY THEORY

Abstract

This article reports a documentary bibliographical research whose primary purpose was to make an evaluation of the education in university, focusing on the complexity theory. The underlying theory behind the research is Edgar Morín's Complex Thought, specifically related to education. Three principles of complex thinking (Dialogical, Hologramatic and recursive) and three basic pillars that involve what he called seven complex lessons in education for the future (The human condition, knowledge and ethics) were taken into account to make this evaluation. It was concluded that developing these complex principles in education is the pending task of every university teacher of the 21st century.

Keywords: Complex thinking; University education; Dimensions.

Introducción

La educación es un proceso complejo, en el que hay que tomar en cuenta varios factores, por lo que ésta no puede ser concebida de modo simple y único. Hasta hace un par de décadas atrás fue cuando se comenzó a ver la educación desde un enfoque distinto, complejo. En ese momento entra en escena el sujeto, quien sirve de base para todo conocimiento y para toda acción a realizar.

En los últimos años se han dado una serie de cambios en el ámbito educativo, pero algunos de ellos no cubren las necesidades de la formación del siglo XXI. Por lo general sólo se han hecho cambios de nombres, pero en la práctica sigue siendo todo igual; se ha evolucionado muy poco, más bien casi nada. La gran mayoría de los cambios introducidos son sólo accesorios, dedicados a presentar la formación de manera distinta, pero en el fondo todo queda igual, aunque distinto en la forma.

Los cambios que exige el mundo de hoy, afirma Morín (1999) podrían ir en dos direcciones, que lejos de oponerse llegan a complementarse: El desarrollo de lo subjetivo y la atención a lo complejo. Este ha de ser el bucle en el que se desenvuelva la educación del siglo XXI. Los profesores universitarios están llamados a obtener una

inmensa gama de conocimientos generales, fruto de la publicación de múltiples investigaciones, pero sin descuidar lo particular; y más aún, sin descuidar lo propio de cada sujeto.

En este orden de ideas, Edgar Morín propone siete saberes para la educación del futuro, además de una serie de dimensiones y competencias, enmarcadas en el pensamiento complejo. Ésta es la base sobre la que se desarrolla la presente investigación: La complejidad en la formación de los estudiantes universitarios. En este nivel educativo se debe atender a las necesidades propias de cada carrera, pero también los planteamientos generales de los ciudadanos del mundo en el siglo XXI. Se hace imperativo formar profesionales tanto en lo específico de su carrera como en lo humano y lo ético.

Por otro lado, en la educación universitaria existe, según Morín (1999), una constante cada vez más arraigada de disociar, parcelar y compartimentar los saberes entre disciplinas. La formación universitaria (mucho más que en las etapas educativas anteriores) se busca desarrollar sólo un puñado de competencias en los estudiantes, haciéndose énfasis en una de muchas dimensiones del ser humano. Se van formando, en palabras de Morín (1999), hiper-especialistas en cada una de las carreras.

Metodología

Este estudio de base en un diseño de investigación de naturaleza documental bibliográfica que permitió realizar una evaluación de la educación en las universidades venezolanas, centrándose en la teoría de la complejidad de Edgar Morín, específicamente lo relacionado a la educación. Se tomaron en cuenta tres principios del pensamiento complejo (Dialógico, lo Hologramático y recursivo) y tres pilares base contenidos en los siete saberes necesarios en la educación del futuro (La condición humana, el conocimiento y la ética).

Palabra acerca de la educación universitaria compleja

Si se toma en cuenta que la educación es el proceso de humanización, que se va alcanzando gradualmente (Savater, 2000), y que, además, es un acto típicamente humano, por lo que no se puede hablar de una educación en la simplicidad. Es

necesario educar en la complejidad, hacer ver que la adquisición de conocimientos (y su posterior aplicación) no es algo simple y lineal. Por lo que coincidimos con la afirmación acerca de que “toda estrategia alternativa a los esquemas simplificadores, reductores y castradores presentes en las distintas dimensiones de lo humano y del entorno debe ser bien recibida. Porque esquemas simplificadores dan lugar a acciones simplificadoras, y esquemas unidimensionales dan lugar a acciones unidimensionales” (Morín, 2004). Incluso, el abordaje de la educación universitaria del siglo XXI debe ser hecho de manera compleja, puesto que la simplicidad empobrece a cada una de las carreras, y por ende a los profesionales. Pero hay que tener mucho cuidado al tratar el tema de la complejidad en la educación (y en cualquier ámbito), puesto que puede convertirse en una idea simple. Esto sería simplificar la complejidad, que es algo más que un sistema complejo. En palabras del propio Morín (1990), “la complejidad no sería algo definible de manera simple para tomar el lugar de la complejidad. La complejidad es una palabra problema y no una palabra solución” (p. 23).

En este orden de ideas, el sujeto humano es un ser multidimensional, es decir, está compuesto de una cantidad indeterminada de dimensiones, por lo que su educación debe ser dirigida a esa multitud dimensional. La educación universitaria requerirá abordar a cada carrera desde muchos puntos de vista, es decir, se va a tornar multidimensional, compleja. Pero la educación en la universidad no es sólo la adquisición de destrezas técnicas, implica una serie de factores mucho más profundos. Se trata de saber qué uso se le dará a los conocimientos adquiridos, qué fines debe perseguir, entre otras muchas interrogantes. En este sentido muchos autores hablan de humanizar las aulas de clase, formar hombres y mujeres integrales, que no sólo sean unos peritos en su área de trabajo, sino personas con una buena formación ética y moral.

Según observaciones hechas hasta ahora la educación dentro de las universidades se ha ido dividiendo en parcelas cerradas. Los estudiantes parecen ir adquiriendo conocimientos por separado en distintas áreas, en ocasiones afines al tronco medular de la carrera, pero sin conexión aparente. Los profesores dejan de realizar la vinculación con otras asignaturas de la carrera, y mucho menos con otras áreas de conocimiento. Se estudian las unidades curriculares como compartimentos

estancos, que no tienen ninguna relación entre sí. Además se separa la teoría de la práctica, cuando ésta es tomada en cuenta.

Con lo dicho hasta ahora se podría afirmar que la universidad descuida por lo menos tres grandes dimensiones del hombre: La que se relaciona directamente con la condición humana en su conjunto, la aprehensión y elaboración de nuevos conocimientos y por último, lo referente al comportamiento recto, a la ética del hombre y la mujer del nuevo milenio.

Condición humana en la educación universitaria

Conocer la condición humana es una de las tareas del nuevo milenio, según lo expresa Edgar Morín (1999), y los futuros profesionales del siglo XXI. Ellos deben hacerse conscientes de su propia humanidad (aunque esto parezca algo obvio), y desde allí comprender la humanidad de los demás, sabiendo que todos sus trabajos, investigaciones y proyectos estarán siempre al servicio de sus iguales, con quienes comparten su misma condición.

De esta forma se contextualiza al ser humano dentro del estudio de las carreras, puesto que, en palabras de Morín (2004), “conocer al hombre no es recortarlo del universo, sino ubicarlo en él. Todo conocimiento debe contextualizar su objeto para ser pertinente. ¿Quiénes somos? Es inseparable de ¿Dónde estamos? ¿A dónde vamos?” (p. 39). En otras palabras, saber quién es el hombre hace posible entender, con amplitud, como enfocar los estudios universitarios en la realidad específica.

Comprender al ser humano es, al mismo tiempo, comprender el puesto de cada profesional dentro de la sociedad, y más aún, de cada persona dentro del mundo. Si se estudia la condición humana dentro de la universidad se puede tener el telón de fondo perfecto para dirigir las acciones de los futuros profesionales.

En este sentido, según Morín (1999), debe aceptarse y educarse en el respeto a la divergencia, a lo diferente en medio de la unidad de especie. Surge aquí el bucle individuo-especie, de lo que se desprende la educación para comprender que todos los seres humanos son ciudadanos del planeta tierra.

Si se quiere trabajar por el bien de la sociedad y, en general, del país se debe profundizar en el individuo, saber quién es, qué quiere y cuál es su misión en el mundo.

La sociedad se construye a partir de un conjunto de individuos que interactúan entre sí, pero no como piezas de una gran máquina, sino como las células de un organismo vivo. Aquí radica la importancia de conocer muy bien la condición humana, al ser humano en lo general y en lo particular, en lo individual y en lo social.

Conocimiento en la formación universitaria

Conocer la condición humana va a contribuir a abrir horizontes para pensar la realidad. Un segundo aspecto que ensanchará su mente y su percepción es la manera de posicionarse al momento de adquirir nuevos conocimientos, puesto que aprenderán otros enfoques epistemológicos distintos (aunque no opuestos) al paradigma positivista, tan arraigado en las universidades. Tendrán la oportunidad de mirar al mundo con otros enfoques tan ricos e importantes como el cuantitativo. De esta forma se convertirán en mejores investigadores, y a su vez, en mejores profesionales.

Se pregunta Morín (2004) cuánto conocimiento se pierde en tanta información, hoy en día se bombardea a las personas con una cantidad innumerable de información a través del internet, los medios de comunicación, de publicaciones impresas; y cuanta sabiduría se pierde en tanto conocimiento, todo queda desordenado en la cabeza de las personas, sin saber para qué están ahí. La educación universitaria debe ser el lugar por excelencia donde se ordenen los conocimientos para lograr el máximo saber posible.

Se trata de tener la cabeza bien puesta, no tenerla repleta de información. El profesional del siglo XXI se le exigirá (se le exige ya) tener la capacidad de utilizar todos sus conocimientos, no simplemente tenerlos en su mente, como en un banco de memoria. Es necesario educar a los estudiantes en el saber conocer y en el saber hacer desde esos conocimientos adquiridos. Además educar la inteligencia emocional es otro de los requisitos fundamentales para quienes egresen de la universidad en la época actual.

La formación cívica y ciudadana

Los egresados de cualquier universidad deberían tener un compromiso ético mayor, ya que esta dimensión sería abordada de forma explícita a lo largo de la formación. Esto traerá como consecuencia una mejor toma de conciencia de lo que

significa el desempeño de su carrera, no sólo a nivel individual, sino también a nivel social. Es necesario formar profesionales comprometidos con los intereses del país y conscientes de su gran responsabilidad en la construcción de una sociedad más desarrollada tecnológicamente y en un ambiente de justicia y equilibrio social.

La formación cívica en la universidad se convierte en el semillero de buenos ciudadanos, no sólo de expertos trabajadores. La edad de los estudiantes universitarios les permite comprender y asimilar mejor lo que significa ejercer de la mejor manera posible su ciudadanía. La meta de la educación universitaria es contribuir a la formación de cada persona que cursa estudios en ella.

La tarea fundamental es formar para la democracia, no sólo como sistema político, sino como una manera de vivir. Ésta es la mejor manera de garantizar una convivencia armoniosa y en paz. Con esto no se dice que la democracia es el sistema perfecto, pero sí la mejor forma de garantizar la convivencia en esta aldea global. Si se quiere formar ciudadanos de este planeta/hogar, es necesario ejercitarse en la vida en democracia.

Se trata, de esta manera, de procurar una educación multidimensional, compleja, de la que se habló antes. Así se dará sentido al término universidad: lugar donde se va a buscar la universalidad de saberes, donde se cultivan todas las dimensiones del ser humano. Donde existe un espacio incluso para el autoconocimiento y la reflexión (autorreflexión).

Principios complejos

Edgar Morín (1990) habla de tres principios básicos de la complejidad: el principio dialógico, el principio de recursividad y el principio hologramático. Estos han de ser asumidos por los estudiantes universitarios del tercer milenio como competencias necesarias para todo profesional.

El principio dialógico pone en comunicación dos realidades opuestas, pero necesarias para explicar los fenómenos presentes en la realidad. Aunque pueda pensarse que los términos contrarios se anulan, también existe cierta colaboración creando una organización y a su vez una realidad compleja. En palabras de Morín

(1990), el principio dialógico va a permitir asociar “dos términos a la vez complementarios y antagonistas” (p. 106).

A través de este principio se podrá organizar y observar la realidad en la que se desarrolla la vida del estudiante universitario, futuro profesional, que nunca tiene una sola dirección. Estos son los dos extremos entre los que se balancea el péndulo del mundo. Pero esto no significa que existen dos realidades sólo colocadas una encima de otra, sino que cada una es necesaria para la otra.

El segundo de los principios es el de recursividad, expresado por Morín (1990), “es aquel en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce” (p. 106). Desaparece la causalidad lineal, para que todo entre en una especie de espiral, donde causas y efectos interactúan y se influyen entre sí.

Si se asume la idea de la educación como un sistema complejo, habría que tener en cuenta que todo sistema está inserto en otro sistema más amplio, que ejerce cierta influencia sobre el más pequeño, pero que a su vez éste también influye en aquel. El efecto ahora pasa a tener influencia sobre la causa que lo originó. La realidad compleja presenta un conjunto de causas y efectos en constante interacción y afectándose entre sí.

El tercer principio es el hologramático, que afirma que en el menor punto de la imagen se halla casi toda la información del objeto representado. Se puede afirmar aquí que el todo es mucho más que la simple suma de las partes. En cada asignatura de la malla curricular ha de estar contenida la carrera entera, así como el pensum¹ de estudio está conformado por un conjunto de asignaturas.

Este principio está en profunda relación con el anterior, puesto que cada parte influye en el todo y el todo, a su vez, afecta a las partes. Esta manera de concebir la realidad está en contra del pensamiento lineal, como se afirmó antes. Este principio, en palabras de Morín (1990), “trasciende al reduccionismo que no ve más que las partes, y al holismo que no ve más que el todo” (p. 107).

¹ Es el término que se utiliza en países latinoamericanos como Colombia y Venezuela para el plan de estudios de una carrera. (Nota del Editor).

Cada uno de estos principios debe estar presente en la formación de los estudiantes universitarios del siglo XXI. Todos sus conocimientos han de estar organizados de forma dialógica. Cada nuevo conocimiento adquirido y cada práctica realizada modificará el antiguo orden de conocimientos; además en cada asignatura debe estar contenida la carrera entera.

Predominio de una dimensión de la formación

Dentro de la formación de los estudiantes universitarios se tiende a profundizar en unas dimensiones de la carrera más que en otras. Se suele dar más importancia a una serie de asignaturas, mientras que otras sólo son vistas como relleno, unidades curriculares que están en el pensum de estudios sin ningún fin específico. Pero todas las asignaturas presentes en la malla curricular tienen una función clara, es deber de cada docente explicitar la importancia que tienen, sin despreciar a las demás. Más aun, en la universidad se suele privilegiar el desarrollo de la dimensión profesional/técnica por encima de lo humano, lo cívico o lo ético.

En este sentido, afirma Morín (1999), que la educación universitaria debe “responder a las necesidades fundamentales de formación, proporcionar profesores para las nuevas profesiones pero también, y sobre todo, proporcionar una enseñanza meta-profesional, meta-técnica, es decir, una cultura” (p. 86). La universidad debe ir más allá de la formación de profesionales para llegar a formar seres humanos integrales.

Si esto es así, la universidad debería ser capaz de formar todas las dimensiones posibles en cada uno de los perfiles de las carreras. Sin embargo, hay dimensiones que están subvaloradas y sólo se toman en cuenta de tangencialmente. Es importante señalar que todas y cada una de las dimensiones son importantes, si alguna llega a faltar todo el conjunto tiende a colapsar.

El docente tiene la responsabilidad de desarrollar en los estudiantes el mayor número de dimensiones posibles presentes en el perfil del profesional universitario, y aún más, debe estar dirigido a formar un buen ciudadano. Debería ser el garante de una formación integral e integradora. Debe desterrarse de la universidad toda formación cercenadora de conocimientos, de dimensiones enteras.

En palabras de Morín (1990), el profesional del tercer milenio que desee acercarse sinceramente a la verdad y responder a las exigencias actuales tiene que evitar a toda costa ver el mundo de una manera simplificadora. Debe velar por desarrollar al máximo todo su potencial, y alcanzar los objetivos que se propone el plan de formación de cada carrera.

En esta línea surge lo que describirá Morín (1990) como el paradigma de la complejidad, que busca ver al mundo como una realidad multidimensional, por lo que el conocimiento debe ser, necesariamente, integrador. Esto exige a los profesionales una formación en todas y cada de las dimensiones presentes en su propio perfil.

La formación de profesionales integrales es una tarea urgente para la universidad del siglo XXI. Estos deben adaptarse a las necesidades cambiantes, y en ocasiones, multidimensionales. Si algo exige el mundo moderno a los profesionales es una capacidad mucho más amplia para afrontar la realidad en la que le toca desenvolverse diariamente.

Primacía de la teoría sobre la práctica

Esta dimensión es de vital importancia dentro de la formación profesional, puesto que dependiendo de los conocimientos prácticos recibidos en la carrera puede ser más o menos traumática la transición de la universidad al campo laboral. En la mayoría de los puestos de trabajo se exige del ocupante cierta experiencia, estar familiarizado con el trabajo que se debe ejecutar, pero con la ausencia de la práctica de los espacios formativos de la universidad se hace bastante difícil afrontar el campo laboral.

Al observar la realidad de las carreras en las universidades se puede constatar que el componente práctico en las asignaturas es casi nulo, se hacen muy pocas salidas de campo. En los programas de estudio de las asignaturas existen una cantidad de horas dedicadas a la práctica, pero los docentes sólo se enfocan en las horas teóricas (con algunas excepciones).

Al hablar con los estudiantes ellos mismos son capaces de notar esta debilidad en su formación. Ellos expresan que su carrera necesita de la práctica, pero que recibían casi exclusivamente teoría de parte de la universidad, lo que representa un

problema para su educación. Suelen exigir que se les dé más práctica que teoría, o sea que se invirtieran las tendencias dentro de la universidad.

Si bien es cierto que la teoría es fundamental, porque es lo que al final va ponerse en práctica en el campo laboral, también es importante confrontar a los estudiantes con lo real. Los programas de la universidad reconocen el equilibrio que debe existir entre la teoría y la práctica, sin embargo este equilibrio se rompe dentro de la formación real.

En este sentido, afirma Edgar Morín (2004) que el estudiante del siglo XXI no ha de estar solamente adquiriendo conocimientos en el salón de clases, sino que debe salir y confrontar todo con la realidad, con su realidad. La educación universitaria debe saber integrar la teoría y la práctica, sin privilegiar ninguna de las dos.

En la formación del estudiante universitario ha de tomarse en cuenta el principio dialógico, que es uno de los principios clave en la educación compleja. Dice Morín que ésta debe ser capaz de “mantener la dualidad en el seno de la dualidad. Asocia dos términos a la vez complementarios y antagonistas” (1990, p. 106). La teoría y la práctica son dimensiones contrarias, pero al mismo tiempo complementarias dentro de la formación.

Es importante resaltar que estos principios complejos están presentes en varias de las dimensiones que se van a resaltar en este ensayo. Son ejes transversales de la formación universitaria, manifestados en varias formas. Precisamente esa transversalidad y manifestación múltiple es lo que redundará en su importancia capital.

Quizás la razón fundamental de esta separación entre teoría y práctica se debe a la propia estructura de la universidad, a la disposición de las horas de clase y a la dinámica de la formación. Pero estas circunstancias no eximen de tomar decisiones y corregir la situación actual que vive el estudiante universitario del siglo XXI. Al privilegiar la teoría sobre la práctica se está a contracorriente de los principios de la complejidad, que deben estar presentes en las tendencias actuales de formación universitaria, planteadas por el pensamiento complejo.

Divorcio con las comunidades

La contextualización real de lo que se aprende en el aula de clase es de vital importancia en la formación de los profesionales del siglo XXI. Esta dimensión está directamente relacionada con la anterior, puesto que es en las comunidades donde se pueden poner en práctica los conocimientos adquiridos en el aula. La relación con la comunidad va a permitir contextualizar los conocimientos cultivados en la universidad.

A los estudiantes no se les relaciona con la comunidad o cuando se hace es sólo a través de alguna charla esporádica que se planifica. No existe un plan de formación que incluya, en la práctica, a las comunidades (insisto, con algunas excepciones); que le permita al estudiante interactuar realmente con la comunidad y utilizar esto como parte de su proceso de educación.

Morín (1990) plantea que se debe poner de relieve la multidimensionalidad de la realidad, para tomar en cuenta a cada una de las partes que la integran, pero sin aislarlas de su contexto. Esto tiene que ver con dos de los principios complejos, que se están poniendo de manifiesto en el presente trabajo. El mismo autor expresa que cuando se aísla los conocimientos, estos tienen a falsearse, a alejarse de la realidad.

El primero de estos principios complejos que está presente en esta dimensión es el dialógico, porque en la formación universitaria debe haber una relación estrecha entre el aula de clase y la comunidad, el contexto donde se desenvuelve el estudiante universitario. El contacto con la comunidad es un complemento de la formación en el aula, debido a que éste sirve de verificación de lo aprendido en la universidad, además de visualizar en la realidad todo lo que se pudo apreciar en los libros.

En segundo lugar entra en escena el principio de recursividad, porque es precisamente en el contacto con la comunidad donde se pueden ir asimilando nuevos conocimientos. El estudiante universitario, de forma directa o indirecta, impacta en la comunidad con sus conocimientos, pero al mismo tiempo la comunidad influye en los conocimientos que maneja el estudiante. Se crea así una espiral de conocimiento en donde comunidad y estudiante se benefician mutuamente.

En referencia a este último principio complejo Morín (1990) afirma que “es aquel en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce” (p. 106). Los conocimientos en aula producen efectos en la

comunidad y ésta a su vez afecta a los conocimientos en aula. Tanto el aula como la comunidad se influyen, lo que afecta directamente a la formación de los estudiantes universitarios.

La comunidad no se desvanece en la formación en el aula de clase, sino que por el contrario hay una mutua influencia de una en la otra. Es comparable a la relación que establece Morín entre cultura y naturaleza, que puede ser adaptada a la relación entre el aula y la comunidad: en los conocimientos de aula y la comunidad hay “una integración cada vez más compleja y sutil de la una en el seno de la otra”. (1984, p. 214).

En este sentido, Colom (1982) habla de la educación como un fenómeno relacional, puesto que varios sujetos (y varios sistemas) deben interactuar entre sí para que se dé el proceso. Existe una relación de los estudiantes entre sí, con el profesor y la universidad, y, al mismo tiempo, una relación de ésta con la comunidad. Es necesario que haya, como afirma Paiva (2004), una contextualización de todos y cada uno de los conocimientos. No sólo se trata de llevar a la práctica los conocimientos adquiridos, sino de aplicarlos al contexto real donde se forma al estudiante. La educación universitaria forma un bucle universidad-comunidad (conocimientos teóricos en el aula de clase-contexto en el que la universidad está inserta). La universidad está contextualizada en una comunidad específica con unas características particulares. Esto debe ser tomado en cuenta en la formación de los estudiantes universitarios en la actualidad.

Enseñanza compartimentada

Esta dimensión está relacionada con el funcionamiento real y práctico de la malla curricular de los estudiantes universitarios. Precisamente esto denota la capacidad de crear una red con las unidades curriculares, de que todas formen un todo interconectado entre sí. Este es el principio fundamental de la complejidad, el “Complexus”, estar todo unido entre sí.

En este sentido, la falta de conexión entre las unidades curriculares hace que los conocimientos que se vayan generando dentro de la carrera se vean como compartimientos estancos, sin relación alguna, y da la impresión que sólo están

puestos en la malla curricular para rellenar huecos. Esta dimensión tiene que ver con la primera que se desarrolló, privilegiando unas zonas de conocimiento por encima de otras.

En este sentido, se puede hablar de tres principios complejos: el principio de recursividad, dialógico y hologramático. El primero tiene que ver con los efectos que pueden ejercer las unidades curriculares entre sí y en el todo de la carrera. Por estar relacionadas pueden ejercer influencia en los conocimientos adquiridos en otras asignaturas.

El segundo principio a ser tomado en cuenta es el dialógico, puesto que hay una relación entre las asignaturas, todas entran en un diálogo constante y se complementan entre sí. Cada una hace un aporte particular a la formación de los estudiantes, y este aporte debe ser puesto de relieve. Aun cuando las asignaturas puedan ser vistas como opuestas, son un complemento en la formación.

Mientras que el tercer principio que entra en juego en esta dimensión es el hologramático, puesto que todas las materias están presentes en el todo y éste a su vez en cada materia. Afirma Morín (1990) que “no solamente la parte está en el todo, sino que el todo está en la parte” (p. 107). No solamente que todo tiene relación, sino que las asignaturas están unas implicadas en las otras.

En este sentido, el principio hologramático, en palabras de Morín (1990), “trasciende al reduccionismo que no ve más que las partes, y al holismo que no ve más que el todo” (p. 107). Se puede recordar la frase de Pascal que afirma que no se puede concebir a las partes sin concebir al todo y no se pueden concebir al todo sin tomar en cuenta a las partes.

Todos los conocimientos adquiridos en las asignaturas de las carreras forman un todo que la enriquece, de forma colectiva e individual. Se puede afirmar que “podemos enriquecer al conocimiento de las partes por el todo y del todo por las partes, en un mismo movimiento productor de conocimientos” (Morín, 1990, p. 107).

Las asignaturas están puestas en la malla curricular para cumplir con una función específica, para hacer un claro aporte al todo, por lo que los docentes deben hacer explícito este principio. El propio pensum de estudios establece un flujograma

entre todas y cada una de las asignaturas de la carrera, que no es tomado en cuenta en la práctica.

Se puede concluir el análisis de esta dimensión con unas palabras del propio Morín referidas a la relación estrecha entre las tres competencias presentes aquí: “de allí que la idea hologramática esté ligada, ella misma, a la idea recursiva que está, ella misma, ligada a la idea dialógica de la que partimos” (1990, p. 108).

Las políticas públicas en la educación compleja

La educación universitaria actual ha sido descrita en los acápites anteriores. Si ésta quiere adaptarse a las exigencias del mundo moderno debe tomar una serie de medidas importantes y urgentes. No solo se trata de cambiar el pensum de estudios de las carreras, sino cambiar maneras de concebir la educación universitaria.

Por otro lado, las políticas públicas son las decisiones que toman las personas públicas (encargadas de dirigir en Estado) que afecta a la sociedad en su conjunto. Una de las formas de influenciar en la sociedad es a través de la educación, pilar fundamental del desarrollo de un país. Las políticas educativas que el Estado adopte van a tener una repercusión importante tanto en los ciudadanos como en la cultura general de la nación.

En este sentido, el Estado tiene la facultad de impulsar una renovación de la educación universitaria. Está en sus manos ejecutar planes de formación para los docentes a fin de adentrarlos en las nuevas exigencias que presenta la educación actual, haciendo énfasis en las competencias complejas: Hologramática, dialógica, recursiva.

Otro punto importante que debe ser tomado como una política pública es la selección y el trato a los docentes universitarios. Si se asegura que la educación es lo más importante dentro de una nación, es necesario darle realce a la profesión docente, con una mejor calidad de vida y más oportunidades de crecimiento profesional.

Consideraciones finales

La universidad del siglo XXI exige tener en cuenta una serie de factores que antes eran impensados. La formación era concebida de manera simple y lineal, con un

predominio grande de la disyunción y la reducción de los saberes. Pero en la actualidad espera una educación que tenga la capacidad de unir y contextualizar los conocimientos, que respete las diferentes visiones de la realidad y, finalmente, que permita “tejer todo junto”, una educación compleja.

Es necesario asumir cada principio complejo, para transformarlo en competencias de la educación universitaria, en cualquier carrera. Se entienden las unidades curriculares en constante diálogo unas con otras y con la realidad que sirve de contexto. Todo cuanto se hace dentro de la universidad va a tener una repercusión en la comunidad, pero ésta también va a influir en los conocimientos gestionados en aquella de forma significativa. Cada acción en la universidad lleva el sello de su contexto histórico, y éste a su vez está reflejado en la universidad. Es urgente señalar tres pilares básicos: La enseñanza de la condición humana, la nueva gestión de los conocimientos y la construcción de la ética planetaria.

En este sentido, entender la educación en la condición humana redundará en una ética del género humano, además de un conocimiento de los límites del conocimiento, condiciones necesarias para todo profesional del siglo XXI. Es tarea del hombre y la mujer del presente y del futuro contextualizar sus conocimientos (Morín, 1999), y contextualizarse ellos mismos. Las necesidades del mundo actual exigen a los nuevos profesionales respuestas complejas.

Se puede finalizar con unas palabras de Morín: “Como si fuera un punto del holograma, llevamos dentro de nuestra singularidad no solo toda la humanidad, toda la vida, sino también casi todo el cosmos, incluyendo su misterio que yace, sin duda, en el fondo de la naturaleza humana” (2004, p. 43). Comprender al ser humano es comprender al cosmos y todo cuanto existe en él, y esto se hace posible en una educación en complejidad.

Referencias

- Colom, A. (1982). *Teoría y metateoría de la educación*. México, D. F.: Trillas.
- Morin, E. (1984). *Ciencia con consciencia*. Barcelona: Anthropos.

Morín, E. (1990). *El método III: El conocimiento del conocimiento*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Morín, E. (1999). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. UNESCO.

Morín, E. (2003). *Educación en la era planetaria*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Morín, E. (2004). *La cabeza bien puesta*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Paiva, A. (2004). *Edgar Morín y el pensamiento complejo*. *Revista ciencias de la educación*. 4(23) 239-253.

Savater, F. (2000). *El valor de educar*. Santafé de Bogotá: Ariel.

Soto, M. (1999). *Edgar Morín: Complejidad y sujeto humano* (Tesis doctoral). Universidad de Valladolid.